



## Escuchamos y hablamos con el Señor

---

8 mayo

Alegre la mañana, que nos habla de ti  
Alegre la mañana

En nombre del Dios Padre, del Hijo y del Espíritu,  
Salimos de la noche y estrenamos la aurora,  
Saludamos el gozo de la luz que nos llega,  
Resucitada y resucitadora

Tu mano acerca el fuego a la sombría tierra  
Y el rostro de las cosas se alegra en tu presencia  
Silabeas el alba igual que una palabra  
Tú pronuncias el mar como sentencia

Regresa, desde el sueño, el hombre a su memoria  
Acude a su trabajo, madruga a sus dolores  
Le confías la tierra y a la tarde la encuentra  
Rica de pan y amarga de sudores

Y tú te regocijas, oh Dios y tú prolongas  
En sus pequeñas manos tus manos poderosas  
Y están de cuerpo entero los dos así creando  
Los dos así velando por las cosas

Bendita la mañana que trae la gran noticia  
De tu presencia joven, en gloria y poderío  
La serena certeza con que el día proclama  
Que el sepulcro de Cristo está vacío

Alegre la mañana, que nos habla de ti  
Alegre la mañana

---

### **...Llamados a ser santos... I**

Señor, hoy venimos a meditar unas palabras del papa Francisco  
que nos invitan a ser santos.

Te pedimos que deseemos y busquemos ser santos.

1. *«Alegraos y regocijaos» (Mt 5,12), dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa. El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. En realidad, desde las primeras páginas de la Biblia está presente, de diversas maneras, la llamada a la santidad. Así se lo proponía el Señor a Abraham: «Camina en mi presencia y sé perfecto» (Gn 17,1).*

Vuelvo a leer las palabras anteriores y me pregunto...

El Señor me ofrece la felicidad (santidad=felicidad) ¿donde estoy buscando ahora mi felicidad?

El Señor me llama a salir de una existencia mediocre. Y examino mis experiencias personales de mediocridad, de ir pasando, de no vivir fuertes ilusiones y entregas...

¿He experimentado en mí la llamada a la santidad?

2. *“...Mi humilde objetivo es hacer resonar una vez más la llamada a la santidad, procurando encarnar esa llamada en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades. Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió «para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor» (Ef 1,4).*

El Papa nos invita a preguntarnos por nuestra llamada a la santidad ahora y aquí. No se trata de ser santos como otros son o han sido santos sino de ser santos nosotros y aquí, en nuestras condiciones actuales.

Hemos sido elegidos para ser santos. Para llegar a serlo necesitamos al Espíritu en nosotros. Y por eso suplicamos:

*Ven, Espíritu Santo, a nuestros corazones, y cólmalos con tus gracias.*

*Enséñanos lo que debemos hacer, muéstranos lo que debemos pensar, muéstranos cómo debemos actuar (Repito esta súplica)*

3. *En la carta a los Hebreos se mencionan distintos testimonios que nos animan a que «corramos, con constancia, en la carrera que nos toca» (12,1). Allí se habla de Abraham, de Sara, de Moisés, de Gedeón y de varios más (cf. 11,1-12,3) y sobre todo se nos invita a reconocer que tenemos «una nube tan ingente de testigos» (12,1) que nos alienan a no detenernos en el camino, nos estimulan a seguir caminando hacia la meta. Y entre ellos puede estar nuestra propia madre, una abuela u otras personas cercanas (cf. 2 Tm 1,5). Quizá su vida no fue siempre perfecta, pero aun en medio de imperfecciones y caídas siguieron adelante y agradaron al Señor.*

Señor ahora me pregunto y ayúdame a responderme

¿Conozco la vida de algunos santos de la Iglesia?

¿Reconozco ejemplos de santidad en mi propia familia?

¿Cómo vivieron “su” santidad?

¿Siguieron adelante en medio de una vida difícil?

¿En mi interior vivo con el deseo de la santidad que he visto en otros?

¿He buscado imitar, según mi situación propia, la santidad que he experimentado en otros?

4. *Los santos que ya han llegado a la presencia de Dios mantienen con nosotros lazos de amor y comunión. Lo atestigua el libro del Apocalipsis cuando habla de los mártires que interceden: «Vi debajo del altar las almas de los degollados por causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantenían. Y gritaban con voz potente: “¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia?”» (6,9-10). Podemos decir que «estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios [...] No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce»*

¿Acudo a los santos pues en realidad no puedo llevar yo solo lo que no puedo soportar?

¿Busco su protección?

5. *En los procesos de beatificación y canonización se tienen en cuenta los signos de heroicidad en el ejercicio de las virtudes, la entrega de la vida en el martirio y también los casos en que se haya verificado un ofrecimiento de la propia vida por los demás, sostenido hasta la muerte. Esa ofrenda expresa una imitación ejemplar de Cristo, y es digna de la admiración de los fieles. Recordemos, por ejemplo, a la beata María Gabriela Sagheddu, que ofreció su vida por la unión de los cristianos.*

Todos estamos “ofreciendo la vida”, gastando la vida por alguien o por algo.

Señor, ilumíname para que vea cómo está siendo mi “gastar la vida” cada día

Y no solo te pido luz.

También te suplico que me des tu Espíritu para que pueda seguir gastando la vida. Y así haré un mundo, una familia, un trabajo, una comunidad cristiana, un ambiente (cualquier experiencia que viva y comparta) ... mejor.

¿Qué ilusión de un “mundo mejor” (en el ámbito personal, social, familiar...), tengo en mi vida? ¿o estoy como “apagado”, sin fuerte ilusión?

## **Súplica**

Respira en mí, ¡oh Espíritu Santo!,  
para que mis pensamientos puedan ser todos santos.

Actúa en mí, ¡oh Espíritu Santo!,  
para que mi trabajo también pueda ser santo.

Sedúceme, ¡oh Espíritu Santo!,  
para que sólo ame lo que es santo.

Fortaléceme, ¡oh Espíritu Santo!,  
para que defienda todo lo que es santo.

Guárdame pues, ¡oh Espíritu Santo!,  
para que yo siempre pueda ser santo.

Amén.